

Héctor Carvallo como maestro

Hacer el recuerdo del profesor Héctor Carvallo significa en lo personal remontarme inevitablemente a mis primeros años de estudios de Licenciatura en Filosofía en la Universidad de Chile, estudios que partieron el año 1995. A pesar de que Carvallo tendría por esa época alrededor de 70 años, su despliegue en clases transmitía esa vitalidad de quien disfrutaba lo que hacía en clases. Tengo nítida la imagen de esas primeras clases, cómo en permanente movimiento iba poblando la pizarra de términos griegos y latinos, lenguas que conocía con soltura, dividiéndolos con guiones, confiado así en mostrar con estos ejercicios de morfología el contenido conceptual de esas voces, al tiempo que en un discurso ininterrumpido y sin vacilaciones ilustraba estas ideas con documentos literarios y de la cultura en general, acontecimientos de la historia, anécdotas mínimas y experiencias básicas del sentido común. Uno de los aspectos más salientes de su ejercicio de la docencia era un punzante y hasta cáustico sentido del humor, que le permitía rematar el hilo de su exposición con una broma aguda la cual desnudaba el carácter absurdo y paradójico de mucho de lo que tomábamos por convicción cierta. Fuera de la clase era fácil reconocerlo por su paso enérgico y rápido, remontando cada escalón de la escalera del antiguo edificio de la Facultad de Filosofía con extraordinaria agilidad, pese a que casi siempre se lo podía ver cargando con un pesado bolso lleno de libros o directamente sosteniendo esos volúmenes a cada lado con sus propios brazos. Libros raros e insólitos para un estudiante de primer año, alguno que otro volumen de la colección *Platonis Opera* editado en Oxford, el *Index Aristotelicus* de Bonitz, alguno de los tomos de la edición histórico-crítica de las obras de Hegel, por nombrar sólo una fracción mínima, aparecían ahí por primera vez a nuestra vista. Carvallo constituyó para muchos de nosotros la puerta hacia un patrimonio histórico y filosófico cuya amplitud ignorábamos y del que no habríamos tenido noticia sino hubiese sido por su mediación. Fue verdaderamente inspirador durante esos años ser alumno y luego ayudante no sólo de un profesor que poseía una gran cultura y erudición, de la cual por cierto nunca fue ostentoso, sino de alguien que con herramientas de claro formato filológico lograba una compenetración raramente jovial con esos densos y complejos textos de la tradición. Me es difícil imaginar mi relación con el pensamiento de muchos de los filósofos clásicos, si descontara ese tipo de enfoque interpretativo que desarrollaba y transmitía Carvallo. Creo que esto es algo que compartimos muchos de los que lo conocimos como profesor, tanto antes y después de mi generación.

No todos los requerimientos de la actividad académica le eran bienvenidos. Presiento que con los años se había ido convenciendo de la completa irrelevancia de la mayoría de ellos, al menos en lo que respecta a su concepción de la formación

disciplinaria de la filosofía. Era bien conocido entre los organismos de administración académica como un profesor que cumplía con esa clase de obligaciones con bastante dificultad. Así, por ejemplo, no era raro encontrar a más de un alumno que recién al hacer los trámites para el egreso, se enteraba desconcertado que el profesor Héctor Carvallo no había llenado el acta del ramo de Filosofía Antigua de su primer año curricular. No obstante, muchos de los que entonces siguieron semestre a semestre sus cursos y seminarios podrán dar fe de la generosa atención con que respondía a los estudiantes en los que detectaba cierta inquietud e interés por el tipo de cuestiones de las que trataba. Recuerdo vivamente esas sesiones de lectura y discusión de algunos de los *Diálogos* de Platón en su propia casa, local al que recurrimos con tanta frecuencia como paros y tomas se producían en la Facultad, es decir, muchas veces. Jornadas largas, pero llenas de provecho, en las que el profesor sazónaba esas reuniones con cantidades ingentes de café e interludios en los que nos presentaba casi siempre algún pasaje selecto de alguna sinfonía de Mahler. También fue en esa casa en la que él nos recibió otras tantas veces para hacer lectura de los trabajos de seminario que muchos meses antes le habíamos entregado para su evaluación. Escuchaba esas composiciones con paciencia y atención. Con el tiempo y al alero de esas revisiones, esos ejercicios de caligrafía filosófica fueron, en muchos casos, despojándose de la presuntuosidad propia de los arrebatos especulativos de los que hacen gala algunos jóvenes que comienzan este tipo de estudios. Carvallo tenía la magistral habilidad de desenmascarar la vanidad de la aspiración exagerada y desarmar la impostura de la grandilocuencia intelectual mediante una certera ironía que se anticipaba nítidamente en ese brillo mordaz que aparecía en su mirada. No era por cierto esta actitud la manifestación de una arrogancia o pretensión de superioridad, sino que era el eco, creo, de una humildad característica y de una lucidez con respecto a sus propios límites que emergía, como él mismo me lo dijo alguna vez, de la tendencia “a enredarse con los cordones de sus propios zapatos”, versión metafórica y actualizada de esa respuesta que le diera Sócrates a Menón cuando este, en el momento de mayor conciencia de su desorientación y por queja, comparara al filósofo ateniense con una anguila (*Menón*, 80 a-d). De parecida forma, en el trato con Carvallo se aprendía a pensar con cuidado lo que se iba a decir, rara virtud que él mismo gobernaba con maestría.

No es por ello casual que no fuera hombre de publicaciones. Las pocas cosas de cuya difusión tengo conocimiento consisten fundamentalmente en algunas traducciones de pasajes de diálogos platónicos (*Protágoras*) y textos del corpus aristotélico, como el libro VI de la *Ética Nicomaquea* o los libros *Beta* y *Gamma* de la *Metafísica*. Es este último texto el que conocí primero, en una curiosa presentación que confeccionara la diseñadora Antonella Gandolini. El texto de la traducción de Carvallo estaba distribuido en función de un eje central e incorporaba a *fronte*, en

una disposición desencajada, el original griego establecido por Ross, la traducción latina de Bessarion y la alemana de Bonitz. En sus traducciones había seguido lo que él llamaba “la regla de oro”, es decir, el principio de inspiración Moerbekeana según el cual el texto que resultaba de la traducción, idealmente no debía contener ni más ni menos palabras que el original. La devoción que mostraba Carvallo por esta regla, hasta donde la puedo comprender, era la expresión de una profunda convicción de que en la traducción se trata de recoger en nuestra propia lengua el peculiar poder decidor que tendrían las palabras cuando son acuñadas por el pensamiento filosófico en una lengua que no es la nuestra. El rumor dice que tradujo la totalidad de la *Metafísica* o, al menos, mucho más libros de este tratado. Inútilmente más de una embajada de colegas y discípulos trató de tentarlo para que se allanara a pulir estas traducciones, supervisar el trabajo de edición y, finalmente, verlas publicadas. Sé que muchos estuvimos dispuestos a colaborar en esa empresa y, ciertamente lo seguimos y seguiremos estando, de existir o conservarse ese mítico material. El íntimo conocimiento que Carvallo tenía del pensamiento de Aristóteles, sobre todo de sus escritos sobre la “filosofía primera”, no era sólo el resultado de un saber acumulado durante años de docencia, sino que se remonta a aquella edición de la traducción de Bonitz que prepararon junto a su maestro, Ernesto Grassi por los años 60 del siglo pasado. Publicada por Rowohlt el año 1966 como fruto de su estada de estudios de doctorado en Alemania, esta cuidada edición incorpora no sólo un acucioso registro de conceptos y un apartado bibliográfico a la sazón muy completo, sino que introduce al comienzo de cada capítulo de cada uno de los libros del tratado aristotélico, una escrupulosa “articulación” que enumera y expone sus contenidos medulares. Tanto en este trabajo como en la forma en que se aproximaba a los textos en sus clases y seminarios, se comportaba justo como ese “amante de las divisiones y uniones que nos permiten hablar y pensar” (*Fedro* 265e-266c). En su taller, los discursos filosóficos se transformaban en una suerte de ser viviente que había que captar cuidadosamente en su peculiar organicidad, sino se quería correr el riesgo de verlos enmudecidos y muertos.

La contención que en este respecto practicó durante su vida académica es casi inimaginable en el marco actual. Sin embargo, había en su actitud cierta dignidad y nobleza que rehúye del afán de publicidad y reconocimiento que se juzga inmerecido. Es también cierto que su lato conocimiento de los filósofos clásicos elevaba, con razón, un estándar de lo que es decible de forma filosóficamente pertinente en virtud del cual uno se inclinaría más bien a mirar con escepticismo las propias ocurrencias. Pero creo que la razón de fondo por la cual consideraba como algo, en cierto sentido, accesorio hacerse un nombre por la vía de lo que se deja por escrito y se publica, debe buscarse en una convicción básica que guiaba su vida académica, a saber, que hay algo filosóficamente productivo en

el acto compartido de leer, interpretar, discutir y afanarse por comprender algunos de los pensamientos de los que, al menos desde cierta óptica, cuentan como clásicos de la filosofía, aun cuando de eso no quedara más registro que el de la memoria de los que participan en esa experiencia. En la Introducción de su traducción de *Metafísica Gamma*, es el mismo Carvallo quien, contrario a su hábito, condensa este pensamiento en la siguiente frase: “Leer la palabra originaria nos permite en alguna medida vislumbrar la experiencia creadora”.

Confieso que no tengo muy claro que debiésemos entender por la expresión “palabra originaria”, pero presiento que esto apunta, para expresarlo en el estilo del profesor, a que hay algo filosóficamente *re-creativo* en la confrontación con el aspecto tradicional de la filosofía: con la traducción cuidadosa y la interpretación atenta de algunos de los pensamientos que contiene esa tradición ellos vuelven de nuevo a la vida en los márgenes más o menos estrechos de la “docencia académica” y amplían estos márgenes. Creo justo decir que al menos en este sentido Carvallo fue un maestro.

Francisco Abalo Cea
Universidad de Chile, Santiago, Chile
fjabaloc@ gmail.com